



MEMORANDUM

*Presentado al
D. Kennedy
en mayo de 1961*

I

La América Latina está en crisis. Corrientes muy profundas llevan a grandes transformaciones de la estructura económica y social. No se pueden ni se deben detener, porque son una exigencia impostergable del momento latinoamericano.

El desarrollo económico, ha sido en general de escasa intensidad y las masas populares no han participado en medida deseable en este proceso. En los pocos casos en que el ritmo de crecimiento ha sido satisfactorio, se ha fortalecido, más bien, el poder económico de grupos privilegiados.

Hay que encauzar esas transformaciones incontenibles, pero no para disminuir su intensidad ni su proyección social, sino para lograr soluciones compatibles con el afianzamiento de libertades fundamentales.

II

La responsabilidad de estas transformaciones recae en la América Latina. Sería un grave error, sin embargo, creer que se pueden realizar eficazmente sin una amplia política de cooperación internacional, como también sería un error creer que tal política podría relevar a nuestros países de la responsabilidad ineludible de efectuar dichas transformaciones.

III

Se requiere, además, dar un nuevo giro a la política de cooperación internacional.

En esta nueva fase, la política tiene que entrar hondamente en las masas latinoamericanas. Hay que convencerlas con pruebas claras y palpables que ella ya no se inspira más en el pretérito designio de ofrecer fructíferos campos de inversión al capital privado extranjero. Ni que tampoco se propone ofrecer simples paliativos a los males económicos y sociales de nuestros países, preservando la continuación de estructuras anacrónicas.



FILE 9109

La política de cooperación internacional tiene que adquirir dimensiones francamente populares. Hay que cooperar con los países resueltamente dispuestos a realizar aquellas transformaciones en la estructura económica y social; cooperar con sus grupos dirigentes actuales si se proponen hacerlo, o con nuevos grupos que lleguen al poder en el proceso democrático.

Necesitamos que las masas latinoamericanas se persuadan de que la ingente transferencia de la tecnología moderna a que aspira la política de cooperación no tiene otro propósito que mejorar su suerte, es decir, capacitarlas técnicamente para que aprendan a hacer lo mismo que saben hacer las masas de los países más avanzados, para que tengan máquinas y equipos comparables, para que produzcan igual que ellas y alcancen progresivamente un nivel de vida igualmente alto.

IV

De esta vasta operación de capacitación técnica saldrán las grandes corrientes de iniciativa privada que tanto requiere el desarrollo económico de la América Latina. Es necesario romper de una vez el complejo de inferioridad técnica y económica que suele tener la iniciativa privada latinoamericana frente a la iniciativa privada extranjera, con consecuencias políticas perturbadoras. En este respecto también el nuevo giro de la política de cooperación internacional puede ser de gran importancia. Recursos internacionales muy considerables de capital y técnica tienen que ponerse a disposición de la iniciativa privada latinoamericana para que pueda llegar a hacer, con el andar del tiempo, todo lo que ahora realiza la iniciativa privada extranjera, desde la explotación de los recursos naturales hasta las más complejas manifestaciones de la actividad industrial. De esta manera se podrán conseguir armoniosas relaciones de convivencia y coparticipación entre ambas iniciativas.

Todo ello sin perjuicio de la creciente importancia que para la América Latina tiene el sector público, tanto por la naturaleza de sus inversiones básicas como por la necesidad, en países de escaso capital, de prevenir una excesiva concentración de poder económico en manos de una minoría.

V

Las transformaciones estructurales no se harán por el simple juego de las fuerzas económicas. Requieren una acción consciente y deliberada para obrar sobre esas fuerzas y llevarlas al cumplimiento de grandes objetivos económicos y sociales. De ahí la necesidad de planeamiento, de vigorosa intervención del Estado. Se necesita ésta primordialmente para cambiar el régimen arcaico de la tenencia del suelo, para corregir la regresividad del sistema impositivo, para evitar las prácticas restrictivas de la competencia y otras desviaciones que impiden el buen funcionamiento del sistema económico y favorecen las grandes desigualdades en la distribución del ingreso. No será tarea fácil desde el punto de vista político y no siempre podrá vencerse la resistencia de los grupos privilegiados sin agitación y perturbaciones. Tiene así que comprenderlo la política de cooperación.

VI

En este y otros aspectos, la América Latina sabe muy bien lo que tiene que hacer. En algunos casos ya lo está haciendo. Acaso el síntoma más promisorio de esta actitud sean las iniciativas de integración económica. Sin ellas no habrá industrialización eficiente y progresiva. Ni tampoco podrán alcanzar proporciones apreciables las exportaciones industriales, tanto dentro de la órbita latinoamericana como hacia el resto del mundo. La América Latina necesita exportar industrialmente para corregir el debilitamiento relativo de su comercio exterior y estimular su desarrollo económico. Pero necesita también la cooperación efectiva de los países más avanzados mediante la rebaja o eliminación de sus derechos aduaneros y restricciones.

VII

Esto tenderá a atenuar la excesiva vulnerabilidad exterior de la América Latina. Pero no será suficiente. Aparte del carácter perentorio del problema, en las agudas tensiones que ahora prevalecen, cualquier caída sensible en los

precios de los productos primarios traerá aparejada gravísimas consecuencias. Se imponen, pues, medidas para mitigar las fluctuaciones de los precios.

Pero no todo ha de venir de la cooperación internacional. Está también al alcance de los países latinoamericanos fortalecer la estructura de su economía y facilitar el logro de este propósito primordial.

VIII

Todas estas medidas de cooperación internacional, el nuevo giro de esta política y los claros objetivos que han de perseguirse así como la amplitud que es indispensable imprimirle, indican la conveniencia de un vasto programa de aportación de recursos financieros y técnicos durante el período que fuere necesario para que los países latinoamericanos alcancen una tasa satisfactoria de capitalización y crecimiento económico.

El esfuerzo interno de capitalización tiene que realizarse sin tardanzas, especialmente comprimiendo el consumo de los grupos de alto ingreso y reduciendo los gastos militares. Pero sería un grave error considerar que, si este esfuerzo alcanza adecuadas proporciones, no habrá necesidad de ampliar considerablemente la aportación de recursos internacionales. Las necesidades del desarrollo económico y social son muy considerables, y si se quiere acelerar el ritmo de crecimiento será ineludible esa mayor aportación, porque dentro del régimen político existente no es posible reducir el consumo popular por medio del ahorro más allá de límites muy cercanos a los actuales.

IX

Podría ser aconsejable completar las consideraciones precedentes con una sugestión que fuera útil para la realización de algunas de las ideas expuestas. Cada país podría formular su propio programa de desarrollo económico y social, aunque fuera en forma preliminar, estableciendo metas realistas y definiendo la aportación financiera y las reformas sociales y administrativas

que se propone emprender. Estos proyectos en su conjunto podrían servir de base a un programa general de desarrollo económico y social de la América Latina, incluyendo la cooperación técnica y financiera internacional. Tal programa podría concebiblemente estimular y movilizar las energías de nuestros pueblos.

Esto debería ser el principio de una acción determinada y persistente sujeta constantemente a evaluación y mejoramiento.

X

Frente a estos graves problemas, la América Latina tiene que buscar soluciones auténticas, que respondan a su propia realidad y a su propia capacidad creadora. Creemos haber alcanzado la madurez necesaria para hacerlo. Sabemos que no podríamos reproducir las mismas formas que tuvo la evolución histórica del desarrollo capitalista. Nos preocupa también la imitación de fórmulas que persiguen sus objetivos económicos a costa de libertades humanas fundamentales. Está a tiempo de evitarla la América Latina, pero no le queda mucho. No puede seguir postergando sus transformaciones estructurales económicas y sociales. Ni sabrá tampoco hacer que perduren esperanzas tantas veces frustradas de solidaridad internacional.

XI

El movimiento de integración en la América Latina, que ha empezado a tomar forma positiva en el área económica, tiene también un hondo significado político y emocional, el cual, a pesar de no haber alcanzado todavía una expresión concreta, debe, sin embargo, tomarse en cuenta en las circunstancias actuales. Se trata de un proceso dinámico, de nacionalismo verdaderamente continental, que refleja la lucha por la independencia y el desarrollo. La América Latina, económica y políticamente unida, puede representar una nueva fuerza creadora, con imagen propia, en el campo internacional. El proceso de integración, que está todavía en su principio, ampliará las oportunidades de crecimiento económico y facilitará el logro de la justicia social y la democracia política.

De esta manera se hará una contribución decisiva a las relaciones de paz y de amistad entre todas las naciones.

Las consideraciones que arriba se exponen reflejan los puntos de vista personales de un grupo de latinoamericanos, entre los cuales asumen plena responsabilidad por su formulación:

José A. Mora

Raúl Prebisch

Felipe Herrera

José Antonio Mayobre

Manuel Noriega Morales

Jorge Sol Castellanos

Alfonso Santa Cruz

Washington, D.C.

8 de marzo de 1961